

CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE
COMERCIO Y DESARROLLO
Ginebra

**INFORME SOBRE EL COMERCIO
Y EL DESARROLLO, 2000**

PANORAMA GENERAL



NACIONES UNIDAS
Nueva York y Ginebra, 2000

Nota

Las firmas de los documentos de las Naciones Unidas se componen de letras mayúsculas y cifras. La mención de una de estas firmas indica que se hace referencia a un documento de las Naciones Unidas.

Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, de parte de la Secretaría de las Naciones Unidas, juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

El material contenido en esta publicación puede citarse o reproducirse sin restricciones siempre que se indique la fuente y se haga referencia al número del documento. Debería remitirse a la secretaría de la UNCTAD un ejemplar de la publicación en que aparezca el material citado o reproducido.

El panorama general contenido en el presente documento se publica también como parte del Informe sobre el Comercio y el Desarrollo, 2000 (UNCTAD/TDR/2000).

UNCTAD/TDR(2000)Overview

INFORME SOBRE EL COMERCIO Y EL DESARROLLO, 2000

Panorama general

Hoy día dos grandes fuerzas económicas rivalizan en el mundo por atraer su atención. Por una parte, la promesa de una "nueva economía" sustentada en las tecnologías de la información y la comunicación entusiasma a los responsables de las políticas económicas, incluidos los de los países más pobres del mundo. Por otra, la creciente inestabilidad e incertidumbre que van unidas a la mundialización les ha dejado profundamente preocupados por el impacto de las perturbaciones financieras en las perspectivas de crecimiento de sus países; la experiencia de algunos de los países en desarrollo más exitosos ha mostrado justamente cuán virulentas pueden ser esas fuerzas.

Hasta ahora el principal ganador han sido los Estados Unidos. Por varios motivos, la difusión de las nuevas tecnologías ya ha mejorado su potencial de crecimiento, pero las crisis financieras que se han producido en los mercados emergentes también han ayudado a sostener un crecimiento rápido de la economía estadounidense al verse atraído el capital hacia este refugio seguro y al haber contribuido unas importaciones baratas a contener la inflación. En cambio, el impacto de las nuevas tecnologías ha sido mucho menos evidente en Europa y el Japón. En cuanto a los países en desarrollo, la mayoría de sus empresas han sacado muy poco o ningún provecho de ellas hasta el momento, y esta brecha digital inquieta cada vez más a los responsables de las políticas económicas.

Las disparidades de las tasas de crecimiento entre los países del mundo industrializado y un dólar fuerte han originado desequilibrios comerciales cada vez mayores al haberse convertido los Estados Unidos en "comprador de última instancia" para la economía mundial. Al mismo tiempo, la combinación de innovaciones tecnológicas e innovaciones financieras ha agravado la fragilidad que aqueja a las corrientes financieras y comerciales. La furia por las fusiones y adquisiciones transfronterizas ha ayudado a inflar la burbuja financiera mundial en el mercado de los valores tecnológicos, cuyos precios han subido mucho más deprisa que la productividad, incluso en los Estados Unidos.

La carga del ajuste a los desequilibrios económicos mundiales está recayendo sobre la política monetaria únicamente, lo que es motivo de preocupación. Los desequilibrios macroeconómicos que se dan hoy día en el mundo presentan ciertas semejanzas inquietantes con los registrados en las décadas de 1970 y 1980, cuando la ausencia de cooperación y coordinación entre las mayores potencias económicas produjo fracturas sistémicas y aterrizajes difíciles, pero además lo que hemos aprendido acerca de la economía mundial en las últimas décadas nos enseña que el fracaso en corregir esos desequilibrios de forma ordenada será sumamente perjudicial para el crecimiento de los países en desarrollo.

El crecimiento y los desequilibrios mundiales

En 1999 la economía mundial dio un giro muy positivo, que alejó los temores de que fuera a caer en la recesión. El crecimiento vigoroso que registró fue acompañado además de un aumento del comercio mundial y de la vuelta a una cierta normalidad en los mercados monetarios y financieros, después de la caótica situación de los dos años anteriores. Todo esto se vio muy favorecido por una serie de acontecimientos únicos e inesperados.

El caos que se creía originaría el problema informático del año 2000 y los costos económicos que iba a entrañar resultaron sumamente exagerados; al final, los gastos que efectuaron las empresas en todo el mundo para evitar posibles perturbaciones aportaron una inyección masiva de dinero en la economía mundial, que se estimó en torno al 1 al 2% del PIB mundial. El abandono de las políticas de austeridad en el Asia oriental en el segundo semestre de 1998 ayudó a reparar una gran parte de los daños que había ocasionado a la producción el desplome de los mercados financieros e hizo que el crecimiento del mundo en desarrollo se situara por encima del de los países industriales después de la caída que registró en 1998. Las fuertes subidas de los precios del petróleo dieron un estímulo inesperado a la economía rusa, permitiéndole obtener un crecimiento moderado cuando casi todo el mundo esperaba que se acentuara la recesión.

Pero, sobre todo, la economía estadounidense siguió su marcha adelante, desafiando toda previsión y creciendo muy por encima de lo que se solía pensar era su potencial de crecimiento a largo plazo. Con un crecimiento

económico que excedía el 4%, una cifra de desempleo que caía por debajo del 4% y unas importaciones que aumentaban un 12%, la economía estadounidense siguió desempeñando su papel de caballero blanco de la economía mundial.

En resumen, las perspectivas inmediatas de la economía mundial han mejorado, y se prevé que este año el crecimiento superará el 3%. También anima mucho el observar cómo el mundo ha capeado el fuerte aumento de los precios del petróleo desde mediados de 1999. El impacto sobre la inflación ha sido hasta el momento insignificante, y las simulaciones efectuadas por diversas organizaciones llevan a pensar que los efectos de la persistencia de estos elevados precios del petróleo sobre el crecimiento mundial serán limitados y se circunscribirán mayormente a los países en desarrollo importadores de petróleo.

También es posible que la economía mundial se vuelva aun más robusta en los años próximos, con un afianzamiento del crecimiento mundial acompañado de una mayor estabilidad. La economía de los Estados Unidos quizá no se recaliente ni se enfríe demasiado y logre ir reduciendo ordenadamente su crecimiento hasta una tasa sostenible que sea compatible con las mayores posibilidades que brindan las nuevas tecnologías. Un crecimiento más alto en Europa y el Japón, impulsado por la adaptación a la nueva economía, relevaría a los Estados Unidos de su función de único motor del crecimiento mundial. En este escenario ideal, los precios del petróleo y los tipos de interés se estabilizarán y el dólar se realinearé con las otras monedas gradualmente

para así afianzar la estabilidad de los precios y de los mercados financieros. Por último, la reactivación de las corrientes de capital privado, junto con la continuación de las reformas internas y la difusión de las nuevas tecnologías, hará que los países en desarrollo empiecen a cosechar los prometidos frutos de la mundialización.

Sin embargo, también se reconoce que los desperfectos que ha ocasionado la crisis asiática no se eliminarán sólo con lanzar conjuros a la nueva economía, y que hacer realidad las promesas de la mundialización exigirá grandes esfuerzos en el terreno de las políticas económicas. No sólo no han desaparecido las causas últimas que despertaron los temores a una recesión en 1998-1999, sino que además han surgido otras líneas de fractura a lo largo de las cuales pueden producirse movimientos inesperados que tendrían consecuencias dañinas no sólo para las economías industriales sino también, lo que sería más preocupante, para los países en desarrollo. Para estos últimos, las perspectivas podrían empeorar rápidamente si los principales países industriales siguieran decidiendo sus políticas sin tener en cuenta sus repercusiones a escala mundial en las corrientes de comercio y de capitales.

Los factores que han contribuido a que la economía estadounidense crezca a fuerte ritmo han acentuado también la fragilidad de los mercados financieros y los desequilibrios mundiales. La fuga de capitales en busca de mercados menos arriesgados que comenzó después de la crisis asiática, y que se aceleró rápidamente en el otoño de 1998 al producirse la crisis de la Federación de Rusia, dio un importante estímulo a la economía estadounidense

al inflar la burbuja de los precios de los activos financieros, lo que a su vez alentó el gasto privado en busca de plusvalías. La combinación de un crecimiento rápido de la demanda interior con un dólar fuerte ha originado también un incremento del déficit exterior, que ha alcanzado el 4% del PIB. La recuperación económica en los mercados emergentes ha hecho subir la demanda de activos expresados en dólares con el fin de acumular reservas como salvaguardia contra crisis futuras. El Japón, lo mismo que otros países superavitarios, también está dispuesto a invertir en activos expresados en dólares sus excedentes comerciales con los Estados Unidos. La coincidencia de un déficit presupuestario y un aumento de las emisiones de bonos públicos en aquel país con un superávit presupuestario y una disminución de las emisiones de bonos públicos en los Estados Unidos ha alimentado las perspectivas de ganar dinero adquiriendo bonos públicos estadounidenses, lo que ha desencadenado una afluencia de capitales provenientes del Japón. Empresas transnacionales europeas y japonesas han querido también compartir las ganancias tecnológicas ya obtenidas por las empresas estadounidenses. Las fusiones y adquisiciones, acaparadoras de titulares de prensa, en el sector de las altas tecnologías han dado origen a una burbuja financiera en el mercado de los valores tecnológicos, mercado que se ha movido más por las expectativas autoqueridas que por las perspectivas sólidas de ganancia.

El atractivo que siguen teniendo para los nuevos residentes los activos expresados en dólares ha ayudado a mantener una situación en la que ha disminuido el ahorro privado, ha aumentado la deuda privada, ha crecido el

déficit por cuenta corriente y se ha formado una burbuja financiera en el mercado de los valores tecnológicos, lo que también ha servido para dar un impulso keynesiano a la economía estadounidense. Ahora bien, esta situación no puede durar indefinidamente. En efecto, los factores que están acelerando el crecimiento en los Estados Unidos también han mermado la eficacia de la política monetaria para conseguir un aterrizaje suave, y los tipos de interés más elevados han servido hasta el momento para atraer más capitales del extranjero, lo que a su vez ha hecho subir los precios de los activos financieros y ha aumentado la demanda efectiva, la fortaleza del dólar y el déficit del comercio exterior.

En cambio, en 1999 el crecimiento en la Unión Europea no igualó el de 1998, pero para este año casi todo el mundo espera que alcance o supere el 3%, lo que hace abrigar esperanzas de que la Unión Europea sustituya pronto a los Estados Unidos en su papel de motor del crecimiento mundial. No obstante, aun suponiendo que se acelere el crecimiento, es improbable que Europa proporcione al resto del mundo un estímulo comparable en el sector de la demanda. Los aumentos del crecimiento europeo han dependido de las exportaciones, ayudadas el año pasado por un euro débil y por el vigor de la economía estadounidense. Las tensiones que hay dentro de Eurolandia entre las economías de crecimiento rápido y las de crecimiento lento complican considerablemente la adopción de una política monetaria común en un momento en que la autonomía del Banco Central Europeo (BCE) en el campo monetario se ha visto comprometida como consecuencia de la mayor integración de los mercados financieros mundiales, la mayor sensibilidad de las

corrientes de capital al nivel de los tipos de interés en los Estados Unidos y, contrariamente a lo que se esperaba, el afianzamiento de la posición del dólar como moneda de reserva. Una subida de los tipos de interés estadounidenses podría frenar las inversiones y hacer descarrilar el crecimiento en Europa. Nada de esto apunta a que vaya a surgir una política macroeconómica propicia que pudiera sustentar una recuperación keynesiana basada en las altas tecnologías similar a la que conoció la economía más rica del mundo en los últimos años. Tampoco favorece la situación la atracción hipnótica que sigue ejerciendo sobre la política macroeconómica europea el concepto de una tasa de desempleo no aceleradora de la inflación (TDNAI), aunque la teoría según la cual las tasas elevadas de desempleo son estructurales y no se pueden reducir sin acelerar la inflación está ya desacreditada por la experiencia de los Estados Unidos, donde las políticas expansivas han impulsado el crecimiento de la productividad.

En el Japón el crecimiento de la economía repuntó el año pasado tras haber bajado más de un 2% en 1998. Sin embargo, el crecimiento más vigoroso alcanzado durante el primer semestre de 1999 se debió en buena parte al aumento del gasto público, pero al final la tasa anual de crecimiento cayó a un mero 0,3% al agotarse esa inyección suplementaria de dinero. La recuperación de las economías del Asia oriental sí fue un factor favorable gracias en gran parte a la presencia de productores japoneses en la región, y ahora que el gasto privado parece repuntar, las perspectivas son más alentadoras, con lo cual la tasa de crecimiento podría superar el 2% para todo el año. Aun así, el gasto privado continua estando frenado

estructuralmente por el legado financiero del exceso de inversión durante los años de bonanza de la última parte de la década de 1980 y por el crecimiento constante del desempleo, que se acerca ya al 5%. La confianza de las empresas y los hogares japoneses sigue siendo frágil, y la creciente deuda pública, que ya supera el 100% del PIB, complica la búsqueda de la política adecuada. Las autoridades económicas japonesas harían bien en recordar que el déficit de la economía estadounidense se logró corregir en una coyuntura de crecimiento acelerado. La recuperación de la economía japonesa es además vulnerable a un endurecimiento prematuro de la política monetaria y a un posible fortalecimiento del yen.

La experiencia de las décadas de 1960 y 1980 muestra que la existencia de fuertes desequilibrios en los pagos exteriores y las corrientes de capital entre los Estados Unidos y otros países industriales puede representar una seria amenaza para el crecimiento y la estabilidad de la economía mundial, ya que la disposición de los inversores de los países superavitarios a invertir en activos expresados en dólares puede terminar bruscamente. El que estos desequilibrios vayan unidos actualmente a los déficit del sector privado, y no ya del sector público, hace que la situación sea tanto más frágil en vista del riesgo mayor que encierra el colocar dinero en títulos de la deuda privados.

Si bien es cierto que cualquier subida de los tipos de interés estadounidenses con respecto a los tipos de interés del resto de los países del mundo contribuye muy poco a reducir los desequilibrios mundiales en el doble ámbito del crecimiento y el comercio, de todos modos es muy poco

probable que esto se produzca, ya que el BCE tiende a pegarse a la evolución de los tipos de interés estadounidenses en un intento por defender la nueva moneda, mientras que los mercados emergentes se ven obligados a seguirles el paso con el fin de retener las entradas de capitales. Una subida generalizada de los tipos de interés en los países industrializados, incluido el Japón, que ahora parece dispuesto a abandonar su política de tipos de interés nulos, apenas contribuiría a modificar el patrón actual de tipos de cambio y saldos comerciales, mientras que sí crearía problemas a los países en desarrollo deudores. Puesto que las herramientas de política fiscal han desaparecido del abanico de medidas de la política macroeconómica, y puesto que la coordinación de las políticas monetarias se produce, cuando se produce, para hacer frente a las crisis pero no para prevenirlas, quizás sea exagerado esperar un ajuste ordenado de los desequilibrios sin que haya que sacrificar el crecimiento.

Por consiguiente, como en situaciones anteriores, el peligro radica ahora en que el callejón sin salida a que han llegado las políticas económicas concluya con cambios mucho más bruscos de lo que sería necesario o conveniente. Un desenlace de este tipo sería muy preocupante para los países en desarrollo, pues sus variables económicas fundamentales son hipersensibles a los movimientos de los tipos de interés y las corrientes de capital en los demás países, al tiempo que sus exportaciones se verían gravemente afectadas por el menor crecimiento de sus economías.

La vulnerabilidad de los países en desarrollo a los cambios en las políticas económicas de los principales

países industriales dependerá, desde luego, de la salud actual de sus economías. En América Latina la situación empeoró todavía más en 1999, pues en ese año el crecimiento del PIB por habitante disminuyó por primera vez desde 1990. El aumento del déficit del comercio exterior y la caída de las entradas de capitales en toda la región significaron que el continente se encontraba en dificultades. No obstante, hubo profundas diferencias entre unos países y otros. México obtuvo un crecimiento relativamente alto, gracias a sus lazos comerciales cada vez más estrechos con los Estados Unidos, y lo mismo ocurrió en algunos pequeños países de América Central y el Caribe. En los demás países, la baja de los precios de los productos básicos y el hundimiento del comercio intrarregional hicieron que la gestión macroeconómica se desarrollara en un entorno desfavorable. Pero la dura política aplicada para hacer frente a la amenaza del contagio de la crisis financiera, en particular el endurecimiento de la política fiscal y la subida de los tipos de interés, empujó a algunos países a la recesión. La situación podría haber sido mucho peor para toda la región si el Brasil no hubiese capeado su tormenta financiera con sorprendente holgura. En cambio, la defensa por la Argentina de la vinculación de su moneda con el dólar asestó un golpe mucho más duro a su economía real el año pasado, y el producto nacional disminuyó en más de un 3%. Para el conjunto de la región el reto fundamental sigue siendo el de encontrar la forma de liberarse de una excesiva dependencia de los recursos de procedencia exterior.

Las economías de los países en desarrollo de Asia volvieron a tener tasas muy altas de crecimiento en 1999,

con una tasa media superior al 5%. Las grandes economías de la India y China siguieron creciendo por encima de la media, pero lo que más llamó la atención fue la fuerte recuperación de los países del Asia oriental. El repunte de la economía en el República de Corea ha sido espectacular, y el crecimiento de la economía malasia alcanzó cifras de dos dígitos en los primeros meses de 2000. La reactivación fue evidente en el primer semestre de 1999 y obedeció en gran parte a la aplicación de políticas fiscales y monetarias expansivas, con el impulso añadido de las exportaciones, que empezaron a cosechar las ventajas de las devaluaciones de las monedas. El alto grado de integración regional fue un elemento fundamental: así como el desplome del comercio intrarregional fue uno de los principales vehículos de contagio, la recuperación también se difundió por los mismos canales. Aunque para el 2000 se espera un crecimiento equilibrado, en algunos países subsisten los riesgos de regresión económica, por ejemplo en Indonesia.

China también se benefició de la recuperación regional en 1999, pero su tasa de crecimiento del 7% continuó siendo la más baja de toda la década. La suavización a corto plazo de la política fiscal y la política monetaria con el fin de impulsar la demanda no logró estimular el consumo privado, con lo cual fueron las exportaciones y el gasto público quienes impulsaron el crecimiento. Ante el temor cada vez mayor al desempleo, es improbable que aumente la confianza de los consumidores, y por esto los responsables de la política económica tratan de buscar una nueva senda de crecimiento que sea capaz de acabar con la deflación, el exceso de producción y el exceso de capacidad. Se espera

ayude a ello el ingreso en la OMC, pero también se está poniendo más hincapié en el desarrollo de las regiones interiores. Por otra parte, si el ingreso en la OMC obligase a devaluar la moneda nacional con el fin de proteger a algunas de las empresas industriales menos competitivas del país (en particular las que siguen siendo de propiedad estatal) contra un aumento inesperado de las importaciones, otros países de la región podrían resultar perjudicados por dicha medida. El crecimiento de la economía india se basó en el dinamismo de la industria y los servicios. A pesar de la fuerte disminución de la producción agropecuaria, la economía creció a una tasa cercana al 7% en 1999, y se prevé que este año el crecimiento seguirá siendo alto.

África tampoco fue capaz en 1999 de igualar la tasa máxima de crecimiento de 1996. De hecho, como el crecimiento cayó incluso por debajo de la tasa del 3% alcanzada en los dos años anteriores, la renta por habitante se estancó. Con todo hubo algunas notas positivas. Los países de la CFA se beneficiaron de la depreciación del euro en 1999, que hizo mejorar su competitividad, mientras que la estabilidad política, el crecimiento de la agricultura y el aumento de las entradas de capitales en los países del África septentrional y oriental produjeron algunos resultados alentadores. Después de varios años de bajo crecimiento, las economías de Nigeria y Sudáfrica parecen haber repuntado, pero en conjunto ni las condiciones internas ni las externas son todavía favorables a una reactivación del crecimiento de las economías africanas. En muchos países los conflictos políticos y las condiciones meteorológicas dejaron pocas opciones a los responsables de la política económica. En los demás

países los altibajos de los precios en los mercados mundiales de productos básicos tuvieron graves efectos. Los bajos precios de las bebidas y la fuerte caída de los precios del cacao y el café resultaron particularmente perjudiciales, en tanto que los países importadores de petróleo se vieron muy perjudicados por la fuerte subida de los precios de este producto. Es posible que el crecimiento aumente moderadamente en el año 2000 si los precios de los productos básicos suben, aunque los efectos beneficiosos se harán sentir principalmente en el África septentrional. En cambio, para el África subsahariana el problema básico de la política económica sigue estando en encontrar la forma de superar las limitaciones que impone la escasez de ahorro y de divisas y de aumentar las inversiones para alcanzar por lo menos un crecimiento anual del 6%. Esto exigirá que aumenten tanto la financiación oficial como el alivio de la deuda, además de abordar las reformas internas con planteamientos más pragmáticos.

Las economías en transición registraron la tasa de crecimiento más alta de toda la década, en torno al 2,4%. Pero la volatilidad y las oscilaciones son dos características endémicas de la región. El contagio de la crisis rusa dominó la evolución de estas economías en el primer semestre del año. Sin embargo, el aumento de las exportaciones a la Unión Europea hizo que muchos países de la Europa oriental crecieran más deprisa que la media regional. Más sorprendente aún fue la recuperación habida en la Federación de Rusia, cuyo crecimiento en 1999 terminó siendo superior al 3% gracias al fuerte aumento de los precios del petróleo y a la devaluación del rublo. Se prevé que este año se mantendrá ese ritmo de

crecimiento. No obstante, la baja cifra de las exportaciones y los persistentes temores a la inflación en las economías en transición siguen creándoles a muchas de ellas dificultades para obtener financiación exterior. A pesar de que el conflicto que estalló en el sudeste de Europa ha terminado, la situación macroeconómica en los países de esta zona continúa siendo frágil y las perspectivas económicas sombrías. Los problemas que afrontan estos países no son muy diferentes de los que padecen muchos de los países del mundo en desarrollo, y también con respecto a ellos la reacción de los países desarrollados ha sido hasta el momento insuficiente.

A pesar de que han conseguido recuperarse rápidamente de la depresión que padecían en 1998, la vulnerabilidad a los choques externos sigue siendo una amenaza inmediata para las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo. Los esfuerzos conjugados que hacen estos países para participar plenamente en una economía mundial cada vez más interdependiente tropiezan aún con los prejuicios y las asimetrías que aquejan a los sistemas comercial y financiero. Son muchísimos los exportadores que luchan por tener acceso a los mercados de los países ricos, y las mismas oscilaciones extremas de los precios que antes sufrieron los productores de productos básicos han empezado también a alterar los planes de los productores de manufacturas. En Seattle fue manifiesta la resistencia a abrir una nueva ronda de negociaciones comerciales multilaterales que tuviera en cuenta las necesidades de desarrollo de los países más pobres, sobre todo los

problemas que tienen para aplicar los compromisos asumidos en la Ronda Uruguay, en tanto que los desequilibrios comerciales entre los grandes países industriales no hacen más que acentuar las inquietudes de los países en desarrollo. Cuando ya han transcurrido varios años de reformas internas aplicadas con grandes sacrificios, esos países siguen dependiendo de unas entradas de capitales sumamente inestables para financiar su crecimiento.

Las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo dependerán de cómo se afronten estos problemas. Con un sistema comercial y un sistema financiero mundiales cada vez más interdependientes, está claro que confiar exclusivamente en las fuerzas del mercado y en la política monetaria no bastará. Serán necesarios también una mayor cooperación y un mayor diálogo internacionales si se quieren aprovechar todas las posibilidades que encierran las nuevas tecnologías de colmar el foso cada vez más profundo que separa a los países ricos de los países pobres. Esto exige un liderazgo mucho más audaz, similar al que favoreció el advenimiento de la última edad de oro.

Crisis y recuperación en el Asia oriental

La crisis financiera en el Asia oriental puso de manifiesto de forma brutal los daños que podía ocasionar a los países en desarrollo la influencia conjugada de los desequilibrios mundiales y las presiones especulativas. La rapidez de la recuperación en la región el año pasado ha sido un signo alentador. No obstante, el hecho de que ni siquiera los responsables de la política económica previeran ni la profundidad de la crisis ni la velocidad de la recuperación debiera inducir a no dar muestras de una euforia excesiva.

Aunque la crisis en cada país tuvo sus propios rasgos, existen pocas dudas de que los dos extremos de desplome y recuperación se debieron en gran parte a la aplicación de políticas equivocadas. La respuesta al principio fue innecesariamente severa, y la suposición de que aplicando una política monetaria restrictiva se conseguiría estabilizar rápidamente la moneda, lo que daría paso a una recuperación impulsada por las inversiones, resultó equivocada. El endurecimiento de la política monetaria agravó la crisis al acentuar el proceso de deflación de deuda desencadenado por los ataques especulativos, y contribuyó a hundir aún más la producción y el empleo. Tampoco se estabilizaron las monedas con la subida de los tipos de interés; la estabilización se produjo más bien como resultado de la acumulación de reservas, gracias a los recortes masivos de las importaciones, y de la reducción de las obligaciones financieras con el extranjero, gracias a operaciones de reescalonamiento de la deuda o a medidas muchos menos ortodoxas, como la imposición de controles a la

circulación de capitales. De hecho, la subida de los tipos de interés resultó mucho más dañina que las depreciaciones monetarias, pues llegó a provocar serias perturbaciones en el sector empresarial y el sector financiero.

Las economías sólo repuntaron cuando se dejaron las políticas de austeridad y las autoridades monetarias pudieron jugar un papel más positivo. La decisión de abandonar aquellas políticas se debió más a la profundidad de la crisis y a las críticas generalizadas que a la adopción de un bloque de políticas aplicadas según una cuidadosa secuencia; en este sentido, nunca se insistirá bastante en la influencia positiva que tuvo en toda la región la actitud de Malasia al aplicar políticas basadas en objetivos y prioridades fijados con entera autonomía. Retrospectivamente, la provisión de un volumen suficiente de liquidez internacional para reconstituir las reservas, acompañada de la imposición de controles de cambios temporales y de moratorias y reducciones de la deuda exterior (medidas que fueron recomendadas por la secretaria de la UNCTAD al comienzo de la crisis), habría constituido una respuesta mucho más eficaz que la política de tipos de interés altos que de hecho se siguió.

Con la excepción de Indonesia, la renta por habitante en estos países ha recuperado o incluso superado los niveles anteriores a la crisis; los tipos de cambio se han fortalecido, los diferenciales de tipos de interés de los créditos internacionales se han reducido considerablemente, y el capital extranjero ha empezado a regresar. Sin embargo, todavía hay motivos para sentirse preocupados. En primer lugar, la recuperación ha ido

seguida de una reestructuración empresarial muy limitada, y la salud del sistema financiero sigue dependiendo de la intervención del Estado en el sistema crediticio.

En segundo lugar, es improbable que las exportaciones sigan creciendo al ritmo que lo han hecho recientemente, y además el déficit y la deuda públicos han aumentado en la mayoría de los países afectados seriamente por la crisis. Como un endurecimiento prematuro de la política fiscal podría frenar el crecimiento, la reducción del déficit fiscal tendrá que esperar a que la demanda privada tome el mando del crecimiento. Ahora bien, este proceso puede retrasarse a causa del desempleo persistente y de la existencia de un exceso de capacidad en muchas ramas de la industria.

En tercer y último lugar, la recuperación ha estado sustentada hasta el momento por una coyuntura muy favorable en la economía mundial que puede cambiar. Una contracción fuerte del crecimiento en los Estados Unidos y un empeoramiento de la situación financiera mundial podrían resultar particularmente perniciosos, pues los pagos externos en la región ya están moviéndose hacia saldos deficitarios, lo que hará aumentar la necesidad de financiación exterior. Las subidas de los tipos de interés extranjeros podrían plantear un dilema: para atraer el capital extranjero habría que abandonar la política de dinero barato, pero esto podría frenar el crecimiento porque bloquearía los motores internos de la recuperación y agravaría las dificultades del sistema bancario.

Como en otros episodios de crisis financiera ocurridos en mercados emergentes, los cambios en los agregados macroeconómicos, en particular la disminución

del déficit interno de recursos y la mejora de la balanza por cuenta corriente, así como las fuertes devaluaciones monetarias, han ido acompañados de cambios muy negativos en la distribución de la renta en el Asia oriental. Por lo general el empleo y los salarios han crecido menos que la renta total durante la recuperación, y la pobreza se ha mantenido muy por encima de los niveles anteriores a la crisis. Esto coincide con el inquietante patrón observado en el mundo en desarrollo, según el cual la pobreza disminuye mucho menos cuando hay una recuperación del crecimiento y aumenta mucho más cuando se produce una caída comparable del mismo.

Las consecuencias a más largo plazo de todo esto para las economías del Asia oriental no son ni mucho menos claras. Si el crecimiento de la región se viera afectado negativamente por una coyuntura mundial desfavorable, en ese caso las malignas secuelas sociales de la crisis persistirían durante cierto tiempo. Solamente si se da un patrón de crecimiento más incluyente, con tasas más próximas a la tasa media de crecimiento a largo plazo, se podrá reanudar con eficacia la lucha contra la pobreza. En esto será fundamental lo que hagan los gobiernos para abandonar la tarea de gestionar la crisis y volver a la de gestionar la integración de las economías de sus países en la economía mundial.

Una de las lecciones fundamentales que ciertamente se debe extraer de la crisis financiera es que la dependencia excesiva de los recursos y mercados extranjeros vuelve vulnerables las perspectivas de crecimiento a los choques externos. Los responsables de las políticas económicas han rechazado con razón regresar

al proteccionismo, pero sería igual de equivocado dejar que las fuerzas mundiales del mercado dictasen cuáles van a ser el crecimiento y el desarrollo en el futuro. Como el ahorro interior probablemente seguirá siendo alto, esto hará disminuir la dependencia del capital extranjero para acortar la diferencia de renta con las principales naciones industriales. También habrá que prestar más atención a los motores internos del crecimiento, entre ellos las subidas salariales y el aumento del gasto social. También deben cumplir un cometido importante la inversión pública y las actuaciones de un Estado que fomente el desarrollo, lo que exigirá nuevas políticas. Los vínculos económicos regionales probablemente seguirán siendo importantes y habría que fortalecerlos, entre otras cosas con mecanismos colectivos de defensa contra la inestabilidad del sistema financiero y su contagio.

Rubens Ricupero
Secretario General de la UNCTAD